

Clelia Luro Rivarola y Jerónimo Podestá forman una pareja en el exacto significado del término: amor, integración y comunidad de ideales. Llegar a este logro no ha sido fácil, como no lo es para ninguna pareja. En este caso se dio la poca común circunstancia de que Jerónimo Podestá es un obispo de la Iglesia católica.

Mujer y sociedad

Esta historia de amor y de lucha va a quedar registrada en una autobiografía escrita por Clelia. Ha sido una idea feliz, porque nadie mejor que ella podía hacerlo.

"Las biografías las escriben otros", dice ella. "Las autobiografías las escriben los que las han vivido". El libro que lleva el título **Mi nombre es Clelia** todavía no se ha editado y es muy posible que sea en España donde se asuma esa tarea.

Para conocer detalles de esta obra, que intuitivos será de trascendental importancia por la relevante actuación de sus protagonistas, **EIP** fue recibido por ellos en su hogar. La labor periodística se convirtió en un encuentro de amigos por la cordialidad de los anfitriones y la coincidencia de ideales con quien esto escribe. Una casa del siglo pasado y un patio con plantas y pájaros fue el lugar perfecto para el diálogo con tan interesantes personalidades. Primero hablamos con Clelia.

¿Por qué el título?

—Porque en toda la correspondencia del Vaticano a Jerónimo nunca se me nombraba. Decían "esa señora", "esa mujer", "la consabida persona" y yo siempre decía "mi nombre es Clelia".

¿Por qué no se edita aquí el libro?

—No es posible. Nos ha pasado con otros libros que hemos editado. La Iglesia institucional, que no hace las cosas de frente, sino por atrás, presiona al editor y al librero. Yo tengo aquí, en casa, dos mil ejemplares de **Caminos de libertad**, un libro testimonio de seis parejas de sacerdotes casados. No, aquí no se puede.

Se escuchó por radio, en un reportaje, que su vocación de escritora viene de antes. ¿Es así?

—He tenido la costumbre de escribir mis impresiones en todas las etapas de mi vida. He tenido una forma epistolar de comunicación. He ido cambiando de interlocutor y les he escrito a mis amigos cartas que ellos guardaron. Con tanto material y la insistencia de Jerónimo que me decía que tenía que escribir mi propia historia, clasifiqué mis apuntes por año y así salió el libro. Cuando escribí mi diario lo hice con el dolor, el calor, la emoción y la alegría que sentía en cada etapa. Si hoy hubiera tenido que recordarlo, no sería lo mismo.

Ustedes son conocidos en el extranjero. ¿Cómo los ha tratado la prensa?

—Cuando me han hecho reportajes en Europa, me han llamado "la mujer feminista del obispo".

¿Es usted feminista?

—En un sentido soy feminista. En el sentido de que somos iguales y que este mundo anda rengó. Por otro lado, como he vivido la experiencia con Jerónimo de lo que significa no sólo el compañerismo, sino la integración; tuvimos grandes discusiones porque yo como mujer soy muy intuitiva y él muy racional. Poco a poco, él fue abriéndose a mí y conociendo la dimensión feme-

nina, a la que nunca había prestado atención y eso le ayudó a madurar. Yo creo que la única persona en la historia que puede darse el lujo de haber sido "un Hombre" con mayúscula es Cristo. Es la única figura que asumió lo femenino y lo varonil. El supo llorar, sentir, tuvo todas las dimensiones de la ternura, y la sensibilidad, que es difícil encontrar en el varón y al mismo tiempo fue muy varón. Supo rodearse de mujeres en una época en que la mujer era despreciada. Por eso cuando los curas, que son tan machistas, que tienen una cerrazón con todo lo femenino, dicen que representan a Cristo, yo digo que es un Cristo podado, trunco, incompleto. Creo que en el tercer milenio los hombres y las mujeres deben llegar a una integración.

La educación que reciben las mujeres y el rol que se les destina las fuerza a priorizar lo afectivo en detrimento de lo racional.

—Pero es muy importante lo nuestro, lo intuitivo y afectivo. Los hombres han quedado más mutilados que nosotras. No en el poder, no en el machismo, porque han aplastado a la mujer con el machismo. Pero han perdido una serie de riquezas que les cuesta más adquirir que a nosotras adquirir la dimensión del varón. Lo que parte del corazón y de la intuición llega más rápido. Oyéndolo hablar a Jerónimo, espero que llegue a donde yo sé que tiene que llegar. Lo hace a través de un largo camino de racionalizaciones. Las mujeres estamos de vuelta antes.

El matrimonio

¿Cómo comienza el libro?

—Con mis sueños de adolescente que quería cambiar el mundo. Concurría a un colegio de monjas. Entonces pensaba que mi destino era la vida religiosa. Después me dí cuenta que podía hacer algo por el prójimo. Me casé con un hombre sumamente machista y nos fuimos a vivir a un ingenio azucarero en Salta. Allí vi la miseria y conocí a los indígenas. Había estudiado en la Cruz Roja y sabía de medicina preventiva. Apliqué mis conocimientos ayudando a las mujeres a cuidar a sus bebés. Todo eso lo relato en el libro.

¿Era feliz en su matrimonio?

—No lo era. Mi marido no era malo, pero no era para mí. Resolví separarme cuando tenía cinco hijas y un embarazo. El juicio de divorcio fue terrible. Luché para que mi marido no me sacara las niñas. Vine a Buenos Aires y las tuve que poner en colegios. Como el juicio era en Orán, Salta, debía viajar periódicamente allá. Mi vida fue muy difícil. Además me enfermé de rubéola durante el segundo embarazo. Los médicos me sugirieron un aborto. Me advirtieron que podía nacer ciego o sordo. Yo les pregunté si podía nacer con retardo mental y me contestaron que no. Decidí no abortar.

¿Era un gran riesgo. ¿Qué pensó para aceptar ese desafío?

—Yo me he sentido siempre muy feliz con mis materni-

Los caminos de la libertad

por María Elena Oddone

dades. Sentía vivir esa criatura dentro de mí y no me sentía dueña de ese bebé. Por eso no quise abortar. Yo no juzgo a las que lo hacen. Pensé: si es ciega o sorda, yo le enseñaré a vivir. Nació sorda y recién habló cuando tenía seis años. Ahora está casada y tiene tres niños.

—Gracias a su madre.

El encuentro

¿Cuándo conoció al obispo Jerónimo Podestá?

—Yo buscaba un obispo para que ayudara a un sacerdote de Salta que era alcohólico, para que pudiera hacer un tratamiento. El obispo que encontré fue Jerónimo. Yo llevaba seis años de separada. La diócesis de Avellaneda tiene un población obrera y marginal. Había mucho trabajo, la clase de trabajo social que yo había hecho en Salta. Empecé a colaborar con Podestá, a volcar mi experiencia en un trabajo que él ya hacía antes de que yo llegara. Lo acompañaba a todas partes, conferencias, audiciones de radio y de televisión, yo llevaba mi grabador para que no se perdieran sus palabras.

¿Su colaboración como secretaria privada no llamaba la atención?

—Claro que sí. Yo le decía a Jerónimo, ¿cómo es posible que los empresarios, los presidentes y todos los funcionarios de rango tengan secretaria y un obispo no pueda tenerla? Jerónimo compartía este modo de pensar y por eso comenzamos a hablar públicamente.

Estaban ustedes destruyendo un tabú, el ancestral rechazo a la mujer de la Iglesia católica. ¿Cómo lo afrontaron?

—Como no era un proyecto de vida en pareja, era imposible pensarlo tratándose de un obispo, yo exigía a la Iglesia que respetara a la mujer al lado de un obispo. Ambos pensamos que el nuestro era un camino de a dos. Lo íbamos a llevar como podíamos, pero sin renunciar al encuentro que había sido de enriquecimiento para los dos. Yo seguiría a su lado hasta que Roma rechinara los dientes e hiciera algo.

¿Cómo reaccionó la Iglesia?

—Mientras fue presidente el doctor Illia, no hubo problemas. Más tarde cuando el gobierno militar lo destituyó, el general Onganía le pidió al nuncio monseñor Mozzoni que hiciera callar a Jerónimo. Junto con el arzobispo de La Plata (el inabordable) se confabularon para sacarlo.

¿Se refiere a Plaza?

—El mismo. El argumento que esgrimieron era la presencia de una mujer al lado de un obispo, que calificaban de escándalo. De nada sirvieron cartas enviadas por sacerdotes y laicos a Roma negando el escándalo. Roma no oyó esas voces, sólo oyó al nuncio y a sus intrigantes. Tuvimos que viajar a Roma. Jerónimo me decía: "Ellos no pueden comprendernos". Yo le contestaba: "Ellos tienen que entender que si yo quisiera hacer algo malo, si eso fuera algo malo

como ellos piensan, lo hago en otro lado, pero soy una mujer que está trabajando a tu lado y tienen que respetarme, y yo te voy a hacer respetar".

¿No sintió temor por la dimensión que estaban tomando las cosas?

—No, porque nuestro camino se fue haciendo cada vez más claro y seguimos así hasta que Roma le exigió a Jerónimo que renunciara a mí o a Avellaneda.

A la diócesis, no a su investidura.

—A la diócesis, hasta ahora es un obispo sancionado.

—En el libro "Caminos de libertad", Jerónimo Podestá cuenta la entrevista con el Papa: "Le expliqué el sentido y el alcance de nuestra relación para concluir que el nuestro era un encuentro de 'gracia' y no de pecado... Finalmente Paulo VI me pidió absolutamente 'que arrancara ese afecto de mi corazón'. Todo esto me cayó muy mal, porque estaba y estoy convencido de que no tenía derecho a exigirme tal cosa; podía pedirme prudencia, cuidado en las formas externas, un mayor distanciamiento, pero no arrancar un afecto que por otra parte es algo puesto por Dios en nuestros corazones".

Al poder se lo enfrenta con el poder

—Claro que no el mismo poder. El poder que tenemos hoy es el poder del mundo que va creciendo, es el poder de la base, no es el poder autoritario que viene de arriba. Lo comprobamos en las reuniones de la Federación Internacional de Sacerdotes Casados. Ya hay más de cien mil y nosotros somos vicepresidentes. El único obispo es Jerónimo. Cuando puso en manos del Papa su renuncia a la diócesis de Avellaneda, me dijo: "¿Qué es un obispo sin diócesis?" Yo le contesté: "Tu diócesis va a ser la diáspora, los que caminamos en libertad". Cuando presidimos por primera vez la federación le dije que había encontrado su diócesis.

Se incorpora a la reunión Jerónimo Podestá, que trae helados que saben muy buenos en una tarde agobiante, y nos dice:

—Quiero agregar que no considero que hayamos sufrido por las dificultades y las renunciaciones, porque hemos sido tan felices que hemos gozado afrontando la incompreensión y los ataques. Tan felices somos que nada puede hacernos mella.

Antes de conocerla a Clelia, ¿usted tuvo conciencia de la injusticia de la Iglesia católica con las mujeres y también con ustedes, los sacerdotes, al privarlos de la compañía y el amor de las mujeres?

—Lo pensé cuando llegué a obispo y viví el drama de mis sacerdotes. Condena la Iglesia a unos pobres muchachos a una situación terrible. Recuerdo que cuando preparábamos con Clelia el material de mi primer libro **La violencia del amor** reflexionamos mucho sobre la Iglesia a la luz de Cristo y su

Evangelio. No diré que fue un proceso de crisis, sino de revisión de Fe. Fue un proceso de maduración en el que se me develaron con nueva luz muchos interrogantes que hasta ese momento no habían tenido otra respuesta que el acatamiento a la autoridad doctrinal del magisterio de Roma; o sea, la aceptación —sin luz personal— de la visión oficial de la Iglesia. Pero ya el Concilio había sentado algunos puntos de partida desde los cuales se abrían perspectivas nuevas y verdaderos cambios que debían operarse y que, lamentablemente, todavía están en gestación: Comprensión cabal de que la Iglesia es todo el Pueblo de Dios, comprensión de que Dios se "revela" en el hombre y en la historia y que, por lo tanto, cada giro de la historia y el crecimiento de la conciencia humana nos presentan nuevas perspectivas de Fe. Nueva valoración de la conciencia personal a la que debe darse primacía absoluta en la toma de decisiones.

Una nueva visión

¿Consideran ustedes que el punto de vista de la mujer sobre todos los temas del conocimiento es un aporte valioso?

—Ellos son los teólogos, pero nosotras tenemos nuestra filosofía, la de nuestra experiencia, y nuestra sabiduría. Cristo cuando resucitó lo hizo ante las mujeres. Ellas dieron la noticia a los apóstoles que no les creían: "Esas locas dicen que han visto a Jesús". Yo le dije al cardenal Binelli, en la entrevista que me concedió: "¿Cuántas veces María la madre habrá tenido que darles fuerza y quitarles los miedos a los apóstoles, después de la muerte de Jesús?".

J.P.: —Ellas dan el testimonio de una experiencia personal muy fuerte y muy clara. Me he dedicado durante muchos años al estudio de los temas propios del sacerdote, pero reconozco que hasta que me encontré con Clelia y ella me discutió, me golpeó, me criticó y dio vuelta mis puntos de vista, yo no había entendido tan a fondo lo que hoy siento con respecto a Jesús y el sentido cristiano de la vida. Es otra visión que me enriqueció.

Por un absurdo afán de dominio los hombres se han negado ese enriquecimiento que da la inteligencia de la mujer. Leo en sus libros que mencionan a Teilhard de Chardin cuando se refiere a la pareja.

J.P.: —Sí, Teilhard de Chardin dejó escritas páginas admirables, sin publicar, sobre el amor y la relación hombre-mujer, páginas en las que avizora el futuro de la pareja humana, no como relación del uno frente al otro, sino como la unión de dos que, juntos, miran hacia arriba y hacia adelante. Nos vimos reflejados en esta descripción de "una pareja por vocación", o, como dice Clelia, "una pareja sacerdotal".

Dice usted que muchos sacerdotes esperaron que se convirtiera en un líder de la lucha contra el celibato.

J.P.: —Esa no es propiamente nuestra lucha. Hemos tenido siempre como paradigma a Cristo, que vino a

darnos el cabal sentido del hombre en su dimensión personal y social. Nuestro testimonio tiene por objetivo mostrar un camino en la realización de un nuevo valor que debe florecer en el mundo: la pareja unida en vocación. Puede parecer extraño que esto lo testimonie una pareja sacerdotal. Sin embargo, es lógico que sea así. Para nosotros la Iglesia, la comunidad cristiana, debe ser la conciencia madura y el modelo de lo que deben ser el mundo y la sociedad. El cristiano y, en primer lugar, el sacerdote deben ser la conciencia madura y el modelo cabal del hombre; que es plenitud en el hombre total: varón-mujer.

Hace poco asistí a un casamiento en una Iglesia. El sacerdote habló a los novios durante veinte minutos sobre el amor y el matrimonio. Me preguntaba con qué autoridad, con qué experiencia puede hablar quien no ha vivido ni conoce lo que es una pareja.

C.L.R.: —Esto va a madurar y estamos en esa lucha. El 7 de enero estamos invitados al Segundo Encuentro Latinoamericano de Sacerdotes Casados. Jerónimo, por un lado, y yo, por el otro, hemos recorrido Colombia, Perú y Ecuador, formando grupos y ya los hay en ocho países.

Las Iglesias latinoamericanas son tan retrógradas como la argentina?

J.P.: —En la Iglesia ocurre algo muy curioso. Hay gente cerrada, muy fuera del mundo, muy deshumanizada. Hay otras personas con un sentido exquisito. Una de esas personas le dijo a Clelia: "No temas al amor". Tuvimos la suerte de conocer a una gran persona, don Helder Cámara, el obispo de Recife. El también busca un mundo nuevo de libertad y justicia. A mí me dijo algo que resultó ser verdad: "Clelia va a ser su fuerza".

¿Cómo ha vivido usted la paternidad, que le obsequió Clelia, de seis hijas mujeres?

—Maravillosamente bien. Recuerdo cuando se me colgaron del cuello la primera vez que las conocí. Me besaron tan amorosa y espontáneamente que me sentí verdaderamente su padre. Fue una sensación tan profunda que no olvidé nunca.

La Iglesia católica se ha adaptado a los cambios a través de los siglos, pero parece que se mantiene impermeable al gran salto hacia el progreso que ha dado la mujer en este siglo. Como nunca antes, la Iglesia institucional se ha enfrentado a un desafío mayor. El movimiento de sacerdotes casados están haciendo mucho en el sentido de cambiar la misoginia de la jerarquía. Otras Iglesias han dado cabida a la mujer en el culto y en la vida privada de sus sacerdotes.

J.P.: —Es absolutamente increíble la ceguera y el anacronismo de la Iglesia. Ayer estábamos leyendo sobre los argumentos que han dado para decir que la mujer no puede asumir el rol de conducción de la comunidad.

¿Cuáles son los argumentos?

J.P.: —Que el sacerdote representa a Cristo que es varón y los apóstoles fueron varones. Dicen que la humanidad está ejemplificada en el varón y no en la mujer. Entonces, la mujer no puede tener un rol que represente a Jesucristo. Es tan absurdo, tan increíble. □

Columnistas

- María Elena Oddone
- Paola Farnese
- Carlos Burone
- Carlos J. González
- Norberto Ceresole

El Informador Público

Director: J. Iglesias Rouco

Secretario general: Marcelo Mendleta (h)